

Mi teléfono sonó una noche, hace aproximadamente un mes. Del otro lado del cable estaba Bryce Woodward.

—¿Tienes tiempo para un poco de investigación psíquica esta noche? —preguntó.

—¿Más médiums —contrarresté. En varias ocasiones salí con Bryce a visitar mediums psíquicos cuyos poderes se limitaban a trucos con espejos, mesas huecas y amplificadores de sonido.

—No —dijo Bryce—, esto es algo diferente. Otro experimento con invocación. ¿Quieres sumarte?

—Supongo que sí —dije.

—Está bien. En media hora pasaré a buscarte. Te lo explicaré entonces.

En menos de la media hora designada estuvo en mi puerta. Sus ojos oscuros brillaban con una ligera mitad de entusiasmo y mitad de diversión.

Una palabra aquí con respecto a Bryce Woodward: un joven con un ingreso heredado, se entretuvo desde que dejó la universidad con estudios de cosas psíquicas, sobrenaturales y anormales. Más bien, se entretuvo al exponer presuntas demostraciones de esas cosas como falsificaciones. Y yo, interesado desde un punto de vista profesional en la medida en que soy un médico principiante, a menudo he ido con él. Por lo demás, Bryce es alto y muy oscuro, con una cara escasamente barbuda pero de aspecto viril en la que, bajo las cejas pesadas que tienen una especie de inclinación satánica, se observan ojos profundos y oscuros. Un buen tipo, aunque inclinado a ser un poco misterioso y reservado.

—Volveremos a la Roma del siglo VI —dijo, mientras yo estaba tomando mi sombrero—. ¿Recuerdas ese viejo tratado sobre demonología que aprendí en París dos años?

Asentí.

—¿El fragmento que instruye a los estudiantes de Magia Negra sobre cómo invocar demonios y esas cosas? Sí, lo recuerdo.

—Bueno, vamos a trabajar con eso —dijo Bryce.

Recordé una noche entera que habíamos pasado con eso, pronunciando solemnemente en voz alta ciertas palabras místicas en latín que garantizaban la invocación de seres extraños del mundo exterior. Ningún ser extraño había respondido.

—Esta noche será diferente —dijo Bryce, cuando le recordé nuestro fracaso.

Salimos de mi departamento y comenzamos a caminar hacia el norte, con nuestro destino aún sin mencionado por él. De vez en cuando le miraba de reojo. Nunca había sido capaz de descubrir cuáles eran sus verdaderas creencias en lo sobrenatural. Parecía siempre estar seguro de que sería decepcionado en su búsqueda de pruebas psíquicas. Sin embargo, por extraño que parezca, siempre tener la esperanza de encontrarlos esta vez.

—¿Recuerdas la teoría que expuse esa noche que trabajamos con un poco de pergamino? —preguntó.

Lo había olvidado, así que él me lo recordó.

—Tenía la idea de que ciertos sonidos definidos, en series precisas, podrían generar vibraciones, por así decirlo, que actuarían sobre sustancias ordinariamente invisibles e intangibles para nosotros, de tal manera que las haga tangibles y visibles, hacer que abandonen su propia dimensión, sea cual sea, y pasen a la nuestra.

—¿A qué te refieres con sustancias? —pregunté.

Él se encogió de hombros.

—¿Quién sabe? Monstruos, fantasmas, los seres que conocemos como ángeles, cualquier cosa podría responder. Según mi hipótesis, estos seres solo responden a una cierta secuencia de sílabas definitivamente pronunciadas, como el dispositivo eléctrico que abre una puerta en respuesta a la orden vibratoria de una determinada contraseña a la que se ha ajustado.

—Pero una vez intentamos invocar a los espíritus pronunciando las sílabas de esa vieja frase latina en el pergamino, y no llegamos a ninguna parte.

—Hay una posible razón para nuestro fracaso. No sabíamos cómo pronunciar el latín correctamente. Ningún hombre vivo sabe cómo hacerlo. Al menos, eso pensaba hasta ayer —su voz se apagó.

—¿Y ahora has encontrado a alguien que puede hablar latín como se habló hace dos mil años?

—Encontré a un hombre que dice ser capaz de hacerlo. Es asistente de conserje en el Hotel Larchmont —agregó.

Parecía que nuestra noche iba a ser tan infructuosa como cualquiera de las anteriores.

—Conocí al hombre, un italiano del norte de Milán, en una vieja librería ayer por la tarde. Nos pusimos a hablar y, como era su tarde libre, lo invité a mi casa. Le mostré la vieja hoja de pergamino con el encantamiento de la Magia Negra, y él se mostró muy interesado. Fue entonces cuando afirmó que podía hablar latín con su inflexión original y natural.

—¿Te explicó cómo obtuvo esa habilidad? —pregunté.

—No lo explicó. Simplemente lo afirmó. Luego preguntó si podía llevar el pergamino a sus habitaciones en el sótano. Confesó estar interesado en el saber espiritual, dijo que esto parecía un verdadero tesoro, y quería examinarlo más de cerca. Se lo presté. Esta tarde llamó y me rogó con urgencia que fuera a buscarlo. No podía alejarse de sus deberes el tiempo suficiente para entregarlo en persona. Pensé que había una gran cantidad de nerviosismo en su voz, como si tuviera miedo de algo.

—¿Y entonces? —dije después de caminar media cuadra en silencio.

—Bueno, ¿no lo ves? Aquí tenemos una frase mágica supuestamente auténtica que hará que las cosas fabulosas se materialicen desde el otro mundo, o desde la quinta o sexta dimensión, como quieras llamarlo. Además, aquí tenemos a un hombre que dice que puede pronunciar la frase correctamente, fonéticamente, tal como lo escribió un viejo nigromante, estableciendo la antigua serie de vibración sonora que nosotros, en nuestra torpe pronunciación de una lengua muerta, no pudimos lograr. Si esto es cierto podría abrirse una puerta psíquica entre mundos. Puede ser interesante.

En este punto llegamos al Hotel Larchmont, un enorme pero modesto edificio para residentes de clase media en la periferia de la Costa Dorada de Chicago.

Bryce bajó un tramo de escaleras de hormigón y llamó al timbre. La puerta ante nosotros se abrió rápidamente, y entramos para enfrentar a un hombre que evidentemente era el que Bryce había mencionado.

Confieso que me sorprendió un poco su apariencia. Para empezar, no parecía el tipo de hombre que uno esperaría ver en un trabajo que requería fuerza física. Era delgado de cuerpo, con manos artísticas. Su cabello era blanco como la nieve, aunque no podía tener más de cuarenta y cinco años; y su frente y ojos eran los de un hombre inteligente, con una mentalidad estudiosa. Sus ojos, por cierto, no eran el marrón líquido generalmente atribuido a los hijos de Italia, sino de un azul grisáceo, como lo son los ojos de tantos italianos nacidos al pie de los Alpes. En ellos había una

inquietante melancolía, como sombras de miedos lejanos.

Bryce se refirió a él como señor Abracelli cuando nos presentó. El hombre hizo una reverencia.

—¿Vendrán a mis habitaciones? —nos invitó, con una manera pulida y un acento inglés que hablaba de una excelente educación.

Lo seguimos por un pasillo y llegamos al departamento. Tuve un segundo momento de impresión entramos.

El apartamento constaba de una gran sala de estar, una pequeña alcoba para dormir y una cocina americana sin usar. Esta sala de estar estaba amueblada como el estudio de un hechicero charlatán. Había una pequeña bola de cristal en una esquina, descubierta, como si Abracelli la hubiera estado mirando cuando tocamos el timbre. Había un montón de hierbas aromáticas en una mesa auxiliar. Una calavera colgaba de un alambre al lado de la puerta de la cocina. Las paredes estaban cubiertas con una tela de algodón negro, dispuestas de manera que las pequeñas ventanas pudieran cubrirse si se deseaba apagar toda la luz. Un mortero, del tipo utilizado por los farmacéuticos, estaba en otra mesa auxiliar, con un residuo de algún polvo grisáceo.

—A veces me divierto con pequeños experimentos —dijo Abracelli. con una ola despreciativa alrededor de sus posesiones inusuales. Esa fue toda la explicación que ofreció.

Abrió un baúl barato y maltratado, y sacó una gruesa hoja de pergamino descolorida, que reconocí como la que Bryce y yo habíamos estudiado en vano la noche que mencioné. Manipuló la cosa de la manera más peculiar, como si estuviera caliente, pero con algo de fuerza también, como si temiera que explotara si la dejaba caer.

—¿Qué piensa de eso? —preguntó Bryce con gran deferencia; evidentemente pensaba que estaba tratando con un experto—. ¿Es genuino?

Abracelli asintió con la cabeza.

—Es indudablemente genuino —dijo—. Y si fuera mío lo arrojaría al horno.

—¿Entonces cree que el encantamiento funcionaría?

Miré de cerca a Abracelli, curioso por ver cuánta superstición (como siempre he etiquetado todas estas cosas) podría encontrar un lugar en su intelecto obviamente agudo. Vi un rápido espasmo nervioso contorsionar su rostro.

—Estoy seguro de que funcionaría —dijo en voz baja.

—¿Lo ha probado? —exigió Bryce.

—¡Dio! ¡No! ¡Hay cosas en la vida que es mejor dejar tranquilas!

—¿Repetiría el encantamiento para nosotros?

—No por nada en la tierra, signor —dijo Abracelli, en un tono definitivo.

Bryce parecía decepcionado.

—Esperaba que pusiera su notable conocimiento del latín a nuestra disposición —dijo—. Le pagaré bien.

—Ningún pago podría ser lo suficientemente alto.

—Pero, ¿qué es exactamente lo que teme? —preguntó Bryce—. ¿Qué tipo de criatura, o sombra, espera que responda a la invocación?

Abracelli sacudió la cabeza.

—No lo sé. Algo lo suficientemente terrible. No lo pronunciaré.

—Entonces —dijo Bryce—, lo pronunciaremos nosotros mismos. Debe enseñarnos la pronunciación correcta.

A esto también Abracelli se negó; y luego siguió un conflicto verbal que me dejó cada vez más perplejo. Bryce le suplicó, lo intimidó, casi lo amenazó. Abracelli se negó obstinadamente a repetir el encantamiento él mismo o enseñarle a Bryce a enunciarlo. Y yo, como espectador, no sabía si reírme o enojarme y marcharme. El comportamiento superior de este hombre me había predispuesto fuertemente hacia él; y su miedo casi campesino —porque un temor puro y simple había comenzado a mostrarse en su rostro— de una frase latina absurda en una hoja de pergamino hecha jirones, me decepcionó y me disgustó al mismo tiempo.

Estaba a punto de sugerirle a Bryce que terminemos la farsa y nos vayamos, cuando Abracelli se rindió.

—Muy bien —dijo con un suspiro—, lee enseñaré cómo decirlo como lo habría dicho el hombre que lo escribió. El resultado estará en su cabeza. No me quedará en la habitación mientras pronuncia la invocación.

Creí detectar una inconsistencia aquí, y rápidamente salté sobre ella.

—¿Cómo puede enseñarnos la pronunciación —pregunté—, sin que repita el encantamiento y llame a lo que sea que pueda responder?

—Le enseñaré palabra por palabra —dijo Abracelli, con una dignidad tranquila que me hizo sentir, por un instante, como un imbécil—. La invocación, si es como otras que he conocido, solo es efectiva cuando se entona como un todo, de una manera regular, sílaba por sílaba.

—Eso suena como mi teoría de la vibración —dijo Bryce rápidamente—. Nuestros vecinos del otro mundo no son convocados por la redacción del encantamiento, sino por la combinación peculiar de ondas sonoras causadas por una combinación particular de vocales y consonantes.

—Nunca he oído que se explique de esa manera —comentó Abracelli, con el ceño pensativo—, pero puede ser como usted dice. Vengan, te enseñaré cómo los romanos vivos hablaban su idioma.

Desde entonces he intentado recordar exactamente los matices de inflexión que le dio la lengua latina a la cual este hombre, correcta o fraudulentamente, afirmaba conocer. Pero no puedo. Solo puedo ofrecer una descripción aproximada. Tengo un vago recuerdo de que el discurso en su conjunto fue casi tan gutural como el árabe; que las «U» fueron pronunciadas de forma parecida a la manera francesa de decir «monsieur»; que las «B» se enuncian como si hubiera una «G» casi audible antes de cada una; y que las «V» parecían tener una pizca de «W» después de ellas.

Primero, para darnos una idea de cómo fue, Abracelli leyó todo lo que era descifrable del prólogo fragmentario:

—Quien pronuncie la fórmula en un tono claro y alto, sonido por sonido, con igual énfasis en cada palabra, invocará desde el mundo oculto sobre nosotros, temibles ciudadanos.

Debo decir que, si bien su latín sonaba como ningún latín jamás escuchado en un aula moderna, sonaba extrañamente autoritario.

Desde aquí pasó a la invocación misma. Pero allí se resistió por un momento.

—Se los ruego —comenzó, con profunda angustia en sus ojos azul grisáceo.

—Lo prometió —fue la respuesta inflexible de Bryce.

Entonces, sílaba por sílaba, con el cuidado palpable de no decir dos de las palabras místicas en la secuencia adecuada, Abracelli nos dio un enunciado modelo de la frase que se suponía que era una especie de vibración, un puente entre nuestro mundo y

otros. Y Bryce repitió cada palabra después de él, hasta que su paladar se ajustó razonablemente a los sonidos desconocidos.

—Ahora pueden decirlo correctamente —dijo Abracelli—. Pero, ¿realmente van a arriesgarse?

—En efecto —respondió Bryce—. Durante varios años he buscado fervientemente pruebas de que las viejas fábulas sobre espíritus, fantasmas y demonios, tienen algún fundamento detrás. Hasta la fecha, no he llegado a ningún lado. Pero aun así haría cualquier cosa, por ridículo que pareciera, si pensara que ofrece una remota posibilidad de proporcionarme esa prueba.

—Esta no es una oportunidad remota —dijo Abracelli—. ¡Es una certeza! Si me disculpan, iré a la sala de calderas mientras realizan este loco experimento.

Y se fue, cerrando la puerta firmemente detrás de él. Me volví hacia Bryce y me reí. Cuanto más pensaba en lo genuinamente asustado que parecía el italiano, más fuerte me reía.

Bryce no se unió a mí; y al final me puse lo suficientemente serio como para notar en sus ojos oscuros una mirada curiosamente dudosa.

—¡Dios mío, Bryce! —exclamé—: ¿No querrás decirme que crees que algo sobrenatural responderá al llamado de esa fórmula latina?

—La teoría de la vibración suena bastante plausible —dijo, encendiendo un cigarrillo. Y eso fue todo lo que pude sacar de él.

Bryce se acercó a la puerta y la cerró. Luego miramos alrededor de la habitación para ver si, por alguna razón desconocida, Abracelli había ocultado dispositivos para engañarnos. El hombre era ciertamente un aficionado a las cosas ocultas; y ninguna otra clase de persona iría tan lejos como para tratar de engañar a otros en sus propias creencias fantásticas. Sin embargo, no encontramos nada sospechoso, así que nos preparamos para realizar nuestro experimento.

Tomamos la vieja y gruesa hoja de pergamino y la colocamos en la mesa redonda que ocupaba el centro de la habitación. Sobre ella había una lámpara sombreada, que vertía un círculo de iluminación sobre la mesa y dejaba el resto de la habitación en una oscuridad comparativa. Bryce acercó una silla y yo hice lo propio. Pero antes de comenzar a leer la antigua invocación, dudó.

—¿Estás seguro de que quieres seguir con esto? —me preguntó solemnemente.

—Por supuesto —respondí con impaciencia—. Si realmente crees que aparecerá algo

sobrenatural en respuesta a esa tonta invocación, entonces no has aprendido nada de nuestras experiencias anteriores.

Bryce se encogió de hombros.

—Supongo que tienes razón en tu escepticismo —dijo lentamente—. Supongo también que esta noche, como siempre, no descubriremos nada más emocionante que efectos hipnóticos o cables ocultos.

Nos miramos el uno al otro por un instante sobre la antigua hoja de pergamino, sentados en esa habitación curiosamente amueblada y que estaba situada en las entrañas de un gran edificio moderno, pero que figurativamente podría haber sido la caverna cubierta de tapices de algún antiguo mago. Entonces Bryce comenzó a leer la antigua invocación.

Sentí un cosquilleo curioso en la piel cuando su voz retomó las sílabas sonoramente guturales en la forma en que Abracelli le había enseñado. ¡Qué extraño poder sobre nosotros tienen ciertos sonidos! La misa en latín, por ejemplo. ¡Cómo nos agita y emociona, aunque uno puede ser completamente ignorante del significado de las palabras! Es la majestuosidad del decir, no su significado, lo que hace que cada nervio se emocione en respuesta.

Al igual que la lectura de este antiguo encantamiento, con la pronunciación que Abracelli afirmó que era la del místico romano que lo escribió, hizo que nuestros nervios tiemblen. Solo había una diferencia. Si bien esto tenía todo el sabor y el ritmo de una misa, había enterrados en el discurso sutiles matices de obscenidad y terror. No sonaba como si hubiera sido diseñado para ser leído en una catedral enorme y sombría, erigida para Dios, sino blasfemamente para el Diablo. Sin embargo, me atrevo a decir que todo esto fue imaginación de mi parte.

—...ven desde los confines de la oscuridad exterior y las sombras de la otra vida a mi presencia...

Sílaba por sílaba, latido por latido, como un pianista tocando un ejercicio al ritmo de un metrónomo, Bryce leyó hasta aquí. En este punto se detuvo y miró fijamente hacia una silla en un rincón apenas iluminado por la lámpara sombreada. Seguí su mirada, y una exclamación de sorpresa salió de mis labios.

La silla que mirábamos con ojos grandes e incrédulos era una butaca prosaica con una tapicería desteñida que se extendía inclinada hacia la esquina de la habitación, dejando un espacio en forma de V detrás de ella. Sin embargo, no era en la silla lo que estábamos mirando, sino algo que colgaba de su respaldo.

El algo era una enorme, como una pata negra, no muy diferente de la pata de un oso,

excepto que tenía dedos casi humanos, gruesos, con puntas de garras curvas. Era la pata de una bestia, con la configuración definitiva de los dedos y el pulgar de algo casi humano. Todo el conjunto: dedos parecidos a patas y una muñeca gruesa, estaba cubierto de pelo negro, enmarañado y áspero.

—¿Tú también lo ves? —susurró Bryce.

Asentí, mientras mi cuero cabelludo sentía como si cada cabello se erizara como los pelos de un perro asustado.

La mano bestial se contrajo ligeramente. Juro que escuché sus garras rascarse contra la tela del tapiz. Luego se retiró lentamente de la vista sobre el respaldo de la silla.

Juntos, con los músculos tensos para la acción, saltamos hacia esa silla y la alejamos de la pared.

No había nada detrás.

Nos miramos el uno al otro, y en el mismo segundo tuvimos el mismo pensamiento.

—Abracelli estaba actuando cuando fingió estar tan asustado —dije—. ¡Hipnotismo! Pero es bastante bueno para inducir una imagen tan clara en ambas mentes y a distancia.

Bryce asintió con la cabeza; pero frunció un poco el ceño, como si no estuviera del todo convencido.

—Hipnotismo, probablemente —dijo—. Bueno, sigamos con esto y veamos qué nuevos trucos puede ofrecer nuestro amigo para desconcertarnos.

Volvimos a la mesa y nos sentamos. Bryce se aclaró la garganta.

—Esta vez lo terminaré—declaró.

Y comenzó de nuevo a leer la invocación.

—...ven desde los confines de la oscuridad exterior...

Las sílabas golpearon mi cerebro como el ritmo de un tambor. Nuevamente experimenté esa extraña sensación de hormigueo en todo mi cuerpo.

—...y las sombras de la otra vida....

Como testimonio adicional del poder de lo que aún estaba seguro era la habilidad

hipnótica de Abracelli, pensé haber detectado un ligero olor en la habitación que no había estado allí hacía un momento: un olor a humedad y a animales, como el que impregna las jaulas del zoológico. Pero era un mero fantasma de olor, nada lo suficientemente definido como para describirlo con precisión.

—...ante mi presencia, aquí en el mundo de los hombres, te lo ordeno....

Listo. La lectura estaba terminada. La invocación supuestamente temida había sido lanzada como un desafío.

Bryce levantó la vista del pergamino. Sus ojos siguieron los míos hasta el respaldo de la silla donde habíamos visto (con o sin hipnosis de por medio) la hirsuta pata negra.

No estaba allí ahora. No había reaparecido, ni en el ojo de nuestra mente ni en la realidad. Nos quedamos mirando alrededor de la habitación.

Nada. Escuchamos atentamente. Nada.

Respiré hondo. A pesar de la seguridad del sentido común y la lógica de que nada podía estar en esa habitación, que el murmullo de unas pocas sílabas en un idioma muerto no podía hacer que se materializaran otras presencias, me sentí aliviado al descubrir que realmente estábamos solos, tal como habíamos estado antes de pronunciar la invocación.

Por unos segundos más nos sentamos en silencio. Entonces Bryce suspiró y encendió un cigarrillo.

—Una vez más nos quedamos con las manos vacías —murmuró, enviando una nube azul de humo hacia el haz de luz emitido por la lámpara, y perdiéndose en la penumbra más allá—. Supongo que también podríamos irnos a casa... ¡Dios mío!

En la mesa entre nosotros había aparecido de repente la pata. Estaba descansando sobre la mesa, con la palma hacia abajo, tan sólida como la madera misma.

Pudimos ver cada detalle: el pelo negro y áspero, de un tinte ligeramente rojizo cerca de las raíces (las uñas gruesas o las garras que se curvaban desde los extremos romos de los dedos), los pliegues de piel grisácea, los nudillos.

En el mismo instante sentí un aliento fétido y caliente en la parte posterior de mi cuello, sentí que mi silla crujía hacia adelante como si un peso enorme hubiera presionado contra su espalda, sentí dedos peludos tocar fugazmente mi hombro.

Por primera vez sentí miedo. ¡Y asco!. ¡Esto no podía ser una ilusión inducida hipnóticamente! Grité en voz alta, y salté de mi silla. Temblando, miré detrás de ella.

No vi nada. ¡Nada! Miré la mesa. La pata había desaparecido de nuevo.

—Constante —dijo Bryce. Sus propios labios eran blancos—. Constante.

Se detuvo abruptamente, y sus ojos, siguiendo los míos, vieron lo que estaba viendo.

Justo fuera del alcance de la luz más clara, al otro lado de la mesa, se enroscaba el humo más espeso del cigarrillo de Bryce. En el aire quieto de la habitación no se había disipado demasiado. Pero ahora el humo estaba repentinamente agitado, como si algo se moviera a través de las volutas. Al mismo tiempo, algunos jirones más gruesos de humo desaparecieron de la vista para reaparecer nuevamente, como si un cuerpo se moviera delante. Pero nuestros ojos aún podían ver nada.

La agitación de las volutas de humo persistió, en una especie de rastro aireado detrás de algo que se movía alrededor de la mesa y hacia nosotros. Involuntariamente, Bryce levantó las manos en un gesto de defensa.

La ceniza ardiente de su cigarrillo se esparció abruptamente en una lluvia de chispas como si algo hubiera golpeado violentamente contra ella. Había un olor a cabello quemado, y el aire fue cortado por un aullido desgarrador.

La pata negra y peluda nuevamente se materializó ante nosotros. Pero esta vez no estaba quieta. Se estaba cerrando y aflojando, avanzando salvajemente hacia nosotros. Y ahora, lentamente, como si una neblina se arremolinara cada vez más apretadamente para formar una forma definida, vimos el cuerpo al que estaba unida la pata.

Solo tuvimos un vistazo, con ojos horrorizados, de una gigantesca y peluda forma negra, algo así como un hombre, algo así como un gorila. Solo un vistazo de ojos llameantes que no eran de hombre ni de bestia. Solo un vistazo de una figura de pesadilla a punto de saltar.

Luego, cuando retrocedimos, la cosa aulló una vez más con furia, la lámpara eléctrica fue arrojada de la mesa con una violencia inimaginable. Estábamos en la oscuridad con la criatura.

Sentí garras rastrillar mi mejilla. Una gran mano se cerró alrededor de mi garganta, y fui arrojado a través de la habitación. Escuché a Bryce llorar de terror, escuché un alboroto de bestiales gruñidos y aullidos, y sentí un peso insoportable sobre mi pecho, a tal punto que creí que me aplastaría. Luego perdí el conocimiento.

Cuánto tiempo después recuperé el sentido, no lo sé. Descubrí que mis hombros estaban siendo sacudidos bruscamente. Instintivamente levanté las manos para

protegerme, pero cuando abrí los ojos vi, no el terror peludo, sino a Bryce, blanco y tembloroso, inclinándose sobre mí.

—Pensé que estabas muerto —fueron sus primeras palabras—. ¡Dios mío, nos salvamos por muy poco!

—¿Dónde está la cosa? —pregunté débilmente, mirando alrededor de la habitación.

El lugar estaba en un desorden aterrador, con sillas golpeadas y la mesa volcada y la tela negra arrancada de las paredes en una docena de lugares. Pero no había señal en ninguna parte de la horrible pata, o de su dueño aún más horrible.

—Ha desaparecido de regreso al lugar de donde vino —dijo Bryce.

Me senté y limpié los rasguños profundos en mi mejilla. Y a medida que la conciencia volvía más completamente hacia mí, la razón volvió a ocuparla. Entonces comencé a preguntarme y luego a sentirme muy, muy avergonzado.

Miré especulativamente a Bryce.

—¡Engañados de nuevo! —dije.

Bryce me miró fijamente.

—¿Qué quieres decir con eso?

Quiero decir que debemos inclinarnos ante el signor Abracelli. Nos ha manejado como a un par de niños. Ciertamente debemos felicitarlo cuando regrese de su retiro de la sala de calderas.

Las cejas pesadas de Bryce se alzaron.

—¿Crees que puede haber dudas sobre lo que vimos?

—Desafortunadamente, sí. Todo lo que vimos debe haber sido transmitido corporalmente de la mente de Abracelli a la nuestra .

—¿Y lo que sentimos físicamente? —exigió Bryce.

—En nuestro estado de excitación, uno de nosotros derribó la lámpara y en la oscuridad nos peleamos como un par de gatos asustados.

—¿Y lo que golpeó las chispas de mi cigarrillo?

—Golpeaste tu cigarrillo contra el borde de la mesa cuando levantaste las manos. Sí, ¡un buen par de tontos que demostramos ser!

Bryce sonrió sombríamente.

—Todas estas cosas que afirmas son bastante posibles; pero no seas demasiado condescendiente con nuestra necedad, viejo. Porque tengo pruebas de que lo que vimos no fue una ilusión hipnótica. Fue real, y ocurrió aquí, debido a la invocación.

Levantó su mano derecha. Observé por primera vez que la había mantenido bien cerrada.

—No sé exactamente cuándo, en la lucha, obtuve este souvenir, pero creo que cuenta toda la historia. ¿Todavía eres escéptico? ¿Te sientes incapaz de creer lo que viste con tus propios ojos y sentiste en tu propia carne? ¡Entonces mira!

Él abrió los dedos y, mientras miraba lo que sostenía, sentí un repentino regreso del horror frío que me había atrapado antes.

En la palma de su mano había varios pelos gruesos, negros y rizados, ligeramente rojizos en las raíces, a los que todavía se adherían escamas de piel grisácea, parecidas a las de un mono.